IZQUIERDAS Y DERECHAS EN EL MUNDO CONTEMPORÁNEO

¿Existe división entre izquierda y derecha en el mundo político?

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Sabino Fernández Campo *

En un conjunto de trabajos sobre el mismo tema político —«Izquierdas y derechas en el mundo contemporáneo»—, cuando en él se incluyen las brillantes aportaciones de distinguidos académicos, con opiniones muy autorizadas, y se trata, además, de una cuestión sobre la que tanto se ha opinado, escrito y discutido, no resulta fácil el intento de no caer en reiteración.

Es posible que la pretendida originalidad pudiera conseguirse no mencionando a Norberto Bobbio y su obra *Derecha e izquierda,* tan comentada y conocida; pero, lamentablemente, esto no va a poder conseguirse.

Además, tal vez sea preferible no intentar descubrir nuevas facetas del problema para establecer discordancias más o menos inéditas, pues en la coincidencia del mayor número de criterios radica la posibilidad de encontrar y poner de relieve conclusiones acertadas y útiles proyectos de futuro, aun cuando puedan parecer parcialmente utópicos.

Ha llegado a decirse que la diferencia entre la derecha y la izquierda políticas es algo superado en nuestros tiempos. Pero en cuanto a la pregunta que a mí

* Ponencia no presentada oralmente.

mismo me hago sobre la supervivencia de la distinción, he de responder inicialmente, desde un punto de vista personal y con una perspectiva de generalidad, de una manera decididamente afirmativa: una derecha y una izquierda políticas continúan manifestándose en el mundo actual. Otra cosa es que, después de esta opinión positiva, sea necesario introducir tanto matizaciones complementarias como deseos para el porvenir.

Empecemos por pensar que un signo de que perdura la oposición entre la derecha y la izquierda está precisamente en el hecho de que se discute sobre su existencia, y de que una y otra sean objeto de opiniones diversas y de distintas definiciones o contenidos y, sobre todo, en el hecho de que ambas palabras tengan en sí mismas una virtualidad importante, incluso con independencia de su auténtico contenido.Como muchas veces en la vida, discurrimos con palabras más que con las ideas que representan.

La fuerza de la palabra es inusitada. Al fin y al cabo, incluso desde un punto de vista religioso, la palabra significa un poder inmenso. En el Génesis, al describir la creación del Universo, se repite constantemente el efecto de la palabra de Dios. Dijo Dios: «Haya luz». Dijo luego Dios: «Haya firmamento en medio de las aguas, que se separen unas de otras». Dijo Dios mas tarde... Y así se sigue describiendo que el Creador dijo una y otra vez que brotaran los animales y finalmente el hombre. Y en cada etapa creativa vio Dios que el efecto de la palabra era bueno, lo cual por cierto proporciona al proceso un aspecto de tanteo y de prueba que no siempre confirmó después su bondad. Pero, en definitiva, de lo que Dios dijo, de su palabra, fue surgiendo el Universo y el hombre, que había de dominar sobre la tierra.

Y por seguir con esta vía religiosa como prueba del poder de la palabra, recordemos también que en el prólogo del Evangelio de San Juan se dice que al principio era el Verbo, si bien el vocablo griego –*logos*– significa, a la vez, razón y palabra. Es, pues, eminente el valor de la palabra, sin olvidar la confusión originada en la Torre de Babel.

Claro que no me refiero a la palabra como eso que se da para garantizar el cumplimiento de una promesa, de una afirmación o de un programa. Parece ser que se continúa observando en muchas ocasiones el consejo de Maquiavelo: «Un hombre prudente no puede ni debe mantener la palabra, si eso le es perjudicial y, sobre todo, si han desaparecido los motivos que le llevaron a hacer tal promesa.» ¡Y qué fácil es considerar que los motivos han desaparecido cuando conviene que desaparezcan!

Pero, volviendo a la palabra como representación de lo que se dice o se significa con ella, sigue teniendo inmensa trascendencia, pues da lugar a que a veces se produzca el fenómeno de la rebelión de la palabra para conseguir que, en sí misma, alcance una realidad superior a su verdadero contenido y hasta logre independizarse de él. Palabras que no representan una idea, sino que llegan a convertirse en idea. Y esto, que parece una paradoja, no lo es, porque frecuentemente llegamos a pensar más con palabras que con ideas.

Se ha dicho que el lenguaje ha creado al hombre más que el hombre al lenguaje. Y la potencialidad de pensar descansa, en último extremo, en las palabras con las que se ponen de relieve los elementos del pensamiento.

Sí existen, pues, en política las palabras derechas e izquierdas; si precisamente se discute en relación con su existencia, si se analizan las diferencias que las separan, existe ya una realidad en ese dilema dentro del que nos sentimos inmersos, aunque en ocasiones nos dejamos arrastrar más por las palabras que por lo que representan.

La distinción entre derechas e izquierdas deriva –como tantas veces se ha repetido– de cuando el 11 de septiembre de 1789 los partidarios del derecho de veto –es decir, de un poder real fuerte– se colocaron a la derecha del presidente de la Asamblea Nacional francesa, mientras que sus adversarios, defensores de un régimen constitucional, estaban situados a la izquierda. Pero mucho antes existían en política tendencias opuestas, aunque aún no hubieran adquirido aquellas denominaciones como reflejo en lo político de antítesis que, como señaló Hegel, se dan en todos los niveles de Universo. Dualidades se encuentran por doquier; los dos polos masculino y femenino, en el plano biológico; la oposición entre el espíritu y la materia, en el plano metafísico; el antagonismo entre el bien y el mal en el plano moral.

En opinión de Emmanuel Todd, nuestro mismo pensamiento reposa sobre un esquema dualista al que infunden nueva fuerza las palabras: «La forma elemental del pensamiento humano es binaria, dicotómica. Opone naturalmente dos absolutos, dos categorías antagónicas. Y esta división en dos, la formación de una pareja antagonista, depende no de la realidad exterior y sensible, sino de la propia estructura del cerebro humano. La visión dicotómica es una categoría a priori del espíritu en sus formas más simples.» Dadas estas condiciones, parece inevitable transportar esta división binaria al campo de lo político y reflejarla en las palabras derecha e izquierda, que a su vez adquieren vida propia y se convierten en una regla general. «En toda república –decía Maquiavelo– hay dos partidos.» Y

para Maurice Duverger, «el movimiento natural de las sociedades inclina al bipartidismo».

Si la coincidencia total de las ideas no es posible, si las circunstancias de los humanos no son asimilables, si los intereses son con frecuencia opuestos, es posible que debamos consolarnos pensando que tampoco sería deseable la unanimidad en todos los aspectos. El incentivo de la vida puede no ser la consecución del acuerdo completo, de la plena concordia, sino precisamente el de perseguir esa utopía, aunque no se alcance, de la misma manera que «la felicidad no está al final del camino, sino en el camino mismo».

Las divergencias, tantas veces compensatorias o complementarias, las oposiciones y las luchas que pueden producir la luz, son connaturales en el hombre, y ni siquiera el Salvador vino a poner paz en la tierra, sino espada. En San Lucas se dice: «Yo he venido a echar fuego a la tierra ¿y qué he de querer sino que se encienda? ¿Piensas que he venido a traer la paz a la tierra? Os digo que no, sino la disensión. Una disensión para que las fuerzas del bien puedan alcanzar el mérito de luchar con las fuerzas del mal.»

Si las palabras derecha e izquierda son en sí mismas una realidad sobre la que se especula, se discute y se opina, y si la dicotomía que representan en el campo de la política viene a ser consecuencia de la contradicción que, de hecho, rige a la Humanidad e incita a la lucha, he de reconocer, por mi parte, que ha existido siempre, perdura hoy y se mantendrá en el futuro esa división, sobre la que ha llegado a pensarse que en nuestros tiempos ya se ha difuminado o incluso borrado por completo.

Es de señalar también, aunque sea de pasada, que la derecha ha tenido teórica e históricamente una especie de superioridad sobre la izquierda, como si ésta encerrara, al fin y al cabo, una significación siniestra y de inferior categoría.

Protocolaria y galantemente, la derecha es un lugar privilegiado. Se cede la derecha a las damas o a las personas más distinguidas e importantes. En mi infancia, cuando un niño mostraba una clara disposición a utilizar preferentemente la mano izquierda, los padres tradicionales le reprendían y trataban de evitar que fuera zurdo, como si serlo fuera una deficiencia. Hasta, con una alusión matemática, la expresión de «ser un cero a la izquierda» significa confinarse a la ausencia de valor.

Pero, dejando a un lado estas consideraciones en cuanto a la fuerza de

las palabras en abierta rebeldía, la natural inclinación del hombre a dividirse en ideas opuestas y las costumbres que pudieran tildar con señas peyorativas a una tendencia política, deseo centrarme en la significación política de los términos derecha e izquierda, que no dejan de seguir apareciendo en el mundo entero y cuyas diferencias, profundas o superficiales, permanentes o transitorias, conviene precisar.

El antagonismo entre los más pobres y los más ricos en las sociedades humanas ha sido señalado desde siempre, y concretamente por Aristóteles, como una importante marca distintiva, pero no todavía para hacer de ella el único motor de la vida política de las naciones. Este paso fue franqueado después por Marx, para el cual la historia humana se explica por la lucha de clases. «Todas las sociedades anteriores –afirmaba– se han fundado sobre el antagonismo de las clases opresoras y de las clases oprimidas.» Pero la vida de los pueblos, con su abundante riqueza de matices, no se deja encerrar en una teoría tan simple y limitada, pues son muchos los factores que pueden determinar las diferencias.

Sin embargo, si admitiéramos, aunque fuera parcialmente, aquella distinción, tendríamos una primera tentativa de explicación para los términos derecha e izquierda tal como son empleados en el vocabulario político moderno y, al mismo tiempo, una respuesta a la pregunta: «¿El duelo entre la derecha y la izquierda viene a ser una constante de todos los tiempos?»

Si bien esas dos palabras que tanta importancia han adquirido por sí mismas son relativamente recientes, pues se remontan a la contemporaneidad, siempre han existido contraposiciones análogas a la que ahora se da entre derecha e izquierda.

Las dos tendencias no están absolutamente aisladas y ajenas a las situaciones contingentes, que las conducen a convertir en dudosas y permeables las fronteras que, en términos generales, las separan. Pueden ser posiciones relativas en el interior de un sistema dentro del cual se integran. La derecha se define con referencia a la izquierda, y la izquierda, en relación con la derecha. Debemos recordar que la metáfora espacial y de ubicación de la cual surgen las dos palabras implica su carácter relativo: sólo existe la izquierda por su referencia a la derecha, y viceversa, de tal modo que una misma postura puede ser considerada de uno u otro modo según la posición adoptada.

Bobbio, al cual, como predecía al principio, creo ineludible citar, después de recorrer los diferentes sentidos que implica la distinción izquierda-derecha, opta

por su diversa actitud ante la opción igualdad-desigualdad como criterio fundamental: la izquierda –afirma como hombre de izquierdas– acentuaría los esfuerzos igualitarios, mientras que la derecha insistiría en las desigualdades. La postura de Bobbio implica más matices, pero se ha hablado tanto de ellos en los últimos tiempos que preferiría referirme a otros aspectos que me sugiere la observación de las circunstancias actuales y pueden, además, inspirar consideraciones en cuanto al futuro, sin alejarnos demasiado de nuestro propio país.

Porque tal vez podamos descubrir otras notas que sirvan de signo distintivo entre la derecha y la izquierda actuales. Pero antes, permitidme unas consideraciones sobre la política en general y la democracia en particular.

La política es un servicio, más aún, un altísimo servicio, al bien común, y no puede ponerse en duda de antemano que quienes a élla se dedican abrigan las mejores intenciones de ser útiles a la sociedad a la que deben servir. Ahora bien, para actuar en política, la condición primera estriba en alcanzar el poder, como medio de llevar a cabo los programas que se juzgan más adecuados para conseguir la felicidad de los ciudadanos.

La democracia, esa palabra que por sí misma ha adquirido también una preponderancia casi mítica, ha tenido desde sus orígenes diferente contenido, y con el transcurso del tiempo se han producido importantes innovaciones que aún no han encontrado su término y suponen una continuación evolutiva en busca de adecuación a las circunstancias En distintos momentos de la Historia, se han producido cambios y acontecimientos importantes que si unos aprecian como insatisfactorios e inseguros, otros avizoran tras ellos una democracia renovada.

El tipo de democracia que nació en Atenas –reducida a la minoría de los ciudadanos– perduró como tal sólo algo más de un siglo y, a partir del momento de su desaparición, el término estuvo rodeado de connotaciones negativas y llegó a esfumarse del lenguaje político. Atenas era una ciudad-estado como ya habían existido otras, pero introdujo una forma de regirse basada en que todo podía ser discutido y resuelto por quienes tenían el título de ciudadanos, no los metecos, ni los esclavos. Ese modelo político se encontraba a una enorme distancia de lo que hoy entendemos por democracia. En parte, era consecuencia de limitaciones geográficas y demográficas. Rousseau, mucho después, lo recordó al señalar que la democracia inicial era un sistema político propio de un lugar en el que a las gentes les resultaba fácil encontrarse y los ciudadanos se podían conocer unos a otros.

La evolución de los tiempos modificó el concepto primitivo, que hubo de ir adaptándose a nuevas necesidades, y continuará haciéndolo.

Cuando Lincoln recordaba que «el gobierno del pueblo por el pueblo y para el pueblo no será destruido sobre la tierra», podía reforzar la idea de la democracia en la primera y la última parte de la definición; pero quedaba más dudosa la segunda parte cuando señalaba que ese gobierno se ejerce por el pueblo. ¿Cómo se lleva a cabo ese ejercicio en la sociedad actual? Y ahí radica precisamente la transformación de la democracia, que aún se ha adjetivado con otros apelativos complementarios, como popular, parlamentaria, federal, etcétera.

Los políticos tienen que agruparse en partidos que canalicen los esfuerzos de todas clases, incluídos, desde luego, los económicos, que son necesarios para acudir a unas elecciones, cada vez más costosas, dado el volumen de la propaganda. De nuevo nos encontramos con la importancia de la palabra, que termina no sólo designando la realidad, sino creándola. Su uso inmoderado en la comunicación política puede alterar la convivencia.

Por eso, Ortega incitaba a centrarse en los problemas, al margen de las palabras, cuando decía aquello de «¡españoles, a las cosas!», queriendo significar que no debíamos enredarnos en las palabras, sino atenernos a las realidades.

Los partidos políticos son, pues, en la actualidad los que pueden estar en condiciones –a veces tan precarias que acuden a procedimientos poco o nada ortodoxos– de afrontar el complejo entramado electoral que puede llevarlos a gobernar, en nombre del censo electoral, representándolo en las cámaras legislativas y en los puestos ejecutivos de la Administración.

Cada político o cada partido piensa tener la fórmula ideal para gobernar a la sociedad. En consecuencia, tiene que hacer todos los esfuerzos posibles para alcanzar el poder, primero, y aplicar sus planes, después. Estos programas procuran acomodarse a la realidad que se estima más práctica para alcanzar el mayor número posible de votos.

Puede surgir así el peligro antes apuntado de subvertir el valor y el orden de los medios y los fines. Exagerando un tanto la realidad, pudiéramos decir que no se trata de exponer ideas para obtener votos, sino de obtener votos exponiendo las ideas que se calcula mantiene un número mayor de personas.

En este sentido, y aun dentro de la gran división entre derechas e izquierdas que permanece en términos generales, pero fluctúa y en ocasiones convierte en poco definidas las fronteras, podemos contemplar cómo se abandonan unas posiciones para acercarse a otras con el fin de lograr la confianza del mayor núme-

ro de electores. Y la sociedad nos muestra de qué suerte se modifican objetivos, se cambian siglas y denominaciones y hasta los programas se concretan lo menos posible, en un intento de que satisfagan al mayor número de personas. Por eso ocurre también que, más que defender los planes propios y las ideas mantenidas tradicionalmente, los propósitos políticos se dirijan a atacar los programas y las actuaciones del adversario, aun cuando se puede correr el riesgo de utilizar para desacreditarlo temas de Estado que tienen un valor superior a los partidismos ocasionales.

Observemos también que, al ser la masa de los insatisfechos superior en número a la de los privilegiados, y por lo tanto poder proporcionar una mayor cantidad de votos, se suele producir un acercamiento a aquéllos, que no siempre presenta signos de coherencia, por parte de la derecha. De la misma manera, la izquierda puede aparcar algunas de sus ideas fundamentales para buscar una aproximación a los poderosos, puesto que están en condiciones de favorecer y apoyar económicamente los esfuerzos electorales, con la esperanza de obtener seguridades futuras.

Por eso no siempre son exactas las denominaciones de conservadores y progresistas que también se aplican a las tendencias de la derecha y de la izquierda. Y, desde luego, da la sensación de que aquélla trata de alejarse de su presunto carácter conservador con más interés que el que muestra la izquierda por abandonar su declarado progresismo.

Hay otra característica menos comentada que puede servir para marcar la diferencia entre las dos fuerzas políticas en presencia. La derecha produce la sensación de que padece una especie de complejo de culpabilidad, un arrepentimiento de actuaciones pasadas, una necesidad de desprenderse de tradiciones y una tendencia a avergonzarse de ser lo que realmente es. Parece como si se produjera en esa fuerza política un afán ficticio de huir hacia el campo adversario. Y hasta observamos, como anecdótico detalle, que se rinden más homenajes a las personalidades notables de la izquierda por parte de la derecha que a quienes estaban más cerca de los propios ideales conservadores. Lo que, por cierto, no ocurre con la izquierda.

Bobbio intenta organizar la diversidad de notas distintivas de ambas posturas en una línea continua que recoge muchas de ellas, como la atención preferente de la izquierda por las clases más desfavorecidas o el darwinismo social de ciertas derechas. La igualdad que defiende la izquierda se caracteriza por establecer normas que atienden preferentemente a los aspectos materiales y concretos,

mientras que la derecha subraya los aspectos formales y abstractos. Valores como el patriotismo, la religiosidad, el honor, la autoridad o el orden han formado parte del discurso preferido por la derecha tradicional, mientras que la Izquierda ha luchado históricamente por la distribución de los bienes materiales, por la mejora de las condiciones de trabajo, por los salarios y la calidad de vida.

Pero esta caracterización, válida para las luchas sociales en tiempo del capitalismo naciente, requiere muchos matices si se trata de extenderla a la vida actual. La nueva derecha liberal ha renunciado en buena medida a los grandes valores abstractos y ha adoptado un discurso que suena en ocasiones mas concreto aún que el de la izquierda, hasta el punto de legitimar sus posturas en un pretendido *realismo* opuesto a las *utopías* izquierdizantes.

No podemos dejar de reconocer una cierta confusión, porque en los momentos y en los lugares en que la izquierda ha asumido el poder ha introducido abundantes elementos característicos de la derecha, como la estratificación burocrática de la sociedad y el establecimiento de una autoridad fuerte con un orden social rígido.

¿Radicará la diferencia en los conceptos respectivos de *más Estado* o *más mercado,* en la izquierda y la derecha?

Es curioso a este respecto, y también en cuanto a la supervivencia general de las dos tendencias políticas, el libro titulado *La derecha y la izquierda, ¿qué las distingue todavía?,* del que son autores dos escritores y periodistas franceses: Claude Imbert y Jacques Julliard. Ambos mantienen un diálogo en el que comienzan por reconocer que si la distinción hubiera desaparecido en absoluto, éllos no habrían aceptado hacer juntos tal obra ni hubieran encontrado un editor que les acogiera. Pero, después, Julliard constata, a través de la polémica civilizada que mantienen, de qué forma los hombres de izquierda se envanecen de serlo, mientras que los hombres de derecha evitan confesar que lo son. Usan perífrasis y prefieren hablar, según el momento, de mayoría o de oposición. En su opinión, los primeros pecan por presumir, los segundos por disimular.

Es posible que esta apreciación no sea totalmente cierta, ni esa característica corresponda con exclusividad a la derecha. Sobre todo después de la caída del muro de Berlín, también en la izquierda se han producido muchas rectificaciones.

Pero la realidad es que entre la derecha y la izquierda sigue habiendo dife-

rencias, aunque pueden ser variables en las distintas etapas de la Historia, pues algunas veces se han extinguido o fundido en la coincidencia más o menos sincera. Otras han podido surgir como nuevas. Las fronteras son móviles y difíciles de fijar, pero siempre se descubre una confrontación general, una división de campos, unas tendencias opuestas, por diferentes que sean según las circunstancias de lugar y tiempo.

El relativismo de las eventuales coincidencias de la derecha y de la izquierda se justifica en el plano de la política práctica, tal como se expresa sobre todo por la lucha de los partidos en las asambleas, pero presenta el inconveniente de insistir demasiado en la dependencia mutua de las dos fuerzas, en tanto son miembros de un mismo sistema, y de silenciar los grandes principios de referencia, así como las oposiciones fundamentales. Pero los compromisos, los cambios de programa, e incluso el paso de ciertas ideas de un campo a otro, creo que no implican un pragmatismo total.

Las mayorías absolutas –siempre deseadas por los políticos– presentan, sin embargo, el riesgo de convertirse en verdaderas dictaduras democráticas, más peligrosas que las que, al haberse instaurados por procedimientos violentos, conservan siempre el complejo de la ilegitimidad de su origen.

Para conseguir esa mayoría, o la suficiente para gobernar con comodidad, la derecha y la izquierda establecen pactos o alianzas con quienes representan ideas distintas y ocupan posiciones minoritarias. Se producen así situaciones que pudieran parecer anormales y contradictorias, que exigen cesiones, renuncias, concesión de privilegios y hasta claudicaciones sobre extremos que contradicen los respectivos programas y las manifestaciones de los discursos electorales.

Aparte de estas consideraciones, que podrían hacer mi intervención excesivamente larga si pretendiera profundizar en éllas, insisto en que quizá un punto distintivo de los partidos políticos de la derecha sea abandonar sus propios criterios clásicos y tradicionales para dirigirse al denominado centro. Un centro que puede complementarse con otras denominaciones, pero que, en todo caso, tiende a pretender un eclecticismo o una tercera vía para conseguir un mayor número de votos y lograr unos resultados electorales que posibiliten el acceso al poder.

Aunque trate de enfocar estas cuestiones desde una perspectiva general, no dudo de que instintivamente no dejaré de pensar en el panorama español. Por eso quiero preguntarme. «¿Qué es ese centro, más o menos reformista, que parece constituir en estos tiempos el objetivo de ciertos partidos políticos, y sobre todo de la derecha»?

Habría que definir claramente en qué consiste. En Geometría, es un punto sin dimensiones, que puede señalar una equidistancia. El Diccionario lo define también como «tendencia o agrupación política cuya ideología es intermedia entre la derecha y la izquierda». Es, por lo tanto, lo que se aparta por igual de los extremos, de las posiciones radicales, y predica la moderación. Se trata de un concepto que unas veces ha sido objeto de los más calurosos elogios y otras de las críticas mas aceradas. Para unos –se ha dicho– es la expresión política de la prudencia, porque consiste en alejarse de cualquier extremismo, mientras que otros lo consideran como una especie de oportunismo o de limbo político por su pretensión de conciliar opciones opuestas. Esta teoría del centro no estaría mal si pudiera llevarse a cabo en la realidad. Pero no parece fácil conseguirlo, puesto que se trata de borrar por completo el valor de las palabras derecha e izquierda, superar el dualismo consustancial con la condición humana, fundir por completo los intereses políticos de los hombres, de los partidos y de los grupos para conseguir una unión tan completa como utópica y hasta poco deseable, porque en política se necesita la oposición razonable, la crítica y la censura que purifican las actuaciones del adversario.

No quisiera ser tan negativo como para sospechar que la tendencia hacia el centro viene condicionada porque en ese mar que parece de nadie, pero puede ser de muchos, se encuentra un amplio banco de votos que pueden «pescarse» con la renuncia a ideales específicos de una u otra tendencia.

Se ha dicho que tal vez sería función de los intelectuales llevar a cabo un análisis profundo y desapasionado del orden que relaciona los medios con los fines, pues en el ámbito de la política pueden llegar a intercambiarse y confundirse. En todo caso, no es fácil abrigar la esperanza de que en ese centro imaginado puedan converger de manera absoluta la derecha y la izquierda para fundirse en un ideal común, que haría desaparecer unas disparidades reiteradas y quizá saludables.

Pero también podríamos pensar, con un criterio más limitado, que ese centro pudiera ser punto de encuentro circunstancial, como el que existe en los aeropuertos, las estaciones y los grandes almacenes, para que los políticos de signos opuestos y los partidos del gobierno o de la oposición, coincidieran transitoriamente, a fin de discutir problemas concretos e importantes y adoptar soluciones conjuntas en temas urgentes, aun cuando no permanezcan allí, igual que los viajeros que, después de coincidir en aquel punto para concertar algo, emprenden cada uno de nuevo su viaje y regresan al lugar de donde partieron con sus ideas propias y sus posiciones respectivas.

Sería esperanzador pensar que la democracia pudiera perfeccionarse precisamente con esta coincidencia más o menos fugaz en un centro imaginario para que los representantes de la grandes mayorías del país consigan acuerdos sobre cuestiones fundamentales, que deben estar por encima de intereses de personas y de partidos. No sería difícil, por lo menos, establecer la relación de los temas, en número muy limitado. Como decía Karl R. Popper: «Yo puedo estar equivocado y tu puedes tener la razón, pero con un esfuerzo podemos acercarnos los dos a la verdad.»

Que sigan existiendo la derecha y la izquierda, con la fuerza de las palabras y con un contenido del que no se avergüencen los seguidores de una u otra tendencia, por inciertas que en ocasiones resulten sus fronteras, pero que en ese centro que ahora se propugna pueda tener lugar una ocasional coincidencia favorable para los intereses supremos de la Nación.

Y exijamos, sobre todo, que la derecha, la izquierda, el centro, la tercera vía, o como quieran denominarse los grupos políticos de cualquier signo, estén inspirados siempre por la honradez, la honestidad y la dignidad. «Deberíamos hacer a nuestro mundo mas honesto antes de poder decir honestamente a nuestros hijos que la honestidad es la mejor política.»